



CEU  
*Biblioteca*

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

*Trabajo realizado por: CEU Biblioteca*

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



*La costosa implantación de la novela en Menorca.  
Fernando Patxot, Ángel Ruiz y Pablo y  
Mario Verdaguer: tres maneras de narrar*

Joan Cantavella

Impresiona el hecho de que un territorio tan pequeño y una población tan escasa hayan producido en Menorca un número de escritores sumamente abundante y espléndido. La erudición local es admirable, pero es que la creatividad se hace notar en todos los campos y en todas las épocas. Y ese carácter renovador es lo que da empuje a la cultura de una colectividad.

Aquí prestaremos atención únicamente a los narradores que han surgido en el pasado sobre la tierra menorquina y ni siquiera a todos, sino a los más relevantes de su historia literaria. Empezaremos por Fernando Patxot, para continuar después con Ángel Ruiz y Pablo y Mario Verdaguer, sin entrar en los que se hallan en plena producción, como es el caso de Pau Faner, quien representa el hito más logrado de un presente pletórico de potencialidades, algunas de las cuales son mucho más que eso, pues los libros que han publicado los señala como creadores con empuje, que pueden consolidarse a la vuelta de muy poco tiempo. Sorprende gratamente el impulso actual, pues, si se examina la tradición literaria de la isla, observaremos la difícil y costosa implantación de la novelística, que no tiene auténtico peso hasta que no llegamos a las primeras décadas de nuestro siglo.

La narrativa es un género que no siempre se ha cultivado en España con la misma intensidad que ahora, ni los lectores han mostrado en todas las épocas

la preferencia con que la distinguen en nuestros días. Hay que tener en cuenta que su historia es muy reciente y en el *Quijote* (1605-1615) se dan de brúces el comienzo y la plenitud. En los siglos XV y XVI se produjeron excelentes muestras de este afán por contar vidas inventadas, pero su número no va más allá de unas docenas. Tampoco el XVII ofrece muchas más obras, aunque su calidad sea sobresaliente, porque ahí están Cervantes y Lope de Vega, Quevedo y Vélez de Guevara. En el XVIII la inflexión cae en picado, para dar paso a la eclosión del XIX y, sobre todo, a la gran floración del XX, cuando arrolla por su número y arrincona a las demás manifestaciones literarias por la recurrencia popular. Podemos tener la falsa impresión de que, en todas las épocas, escritura y lectura han seguido las mismas pautas por las que nos regimos en la actualidad, pero ya estamos viendo que eso es rigurosamente incierto.

En primer lugar, la lectura no era una afición común en los siglos pasados (ni siquiera en el XIX), puesto que el analfabetismo era lo preponderante entre la población y a lo máximo que podía aspirar la mayor parte de la gente era a convertirse en oyentes de los ilustrados, que condescendían a poner voz a los textos que traían los papeles. Una existencia asendereada, volcada en la consecución del sustento, tampoco permitía disponer con frecuencia del ocio suficiente para “perderlo” con lecturas.

En segundo lugar, la apreciación popular se dirigía hacia otros géneros, como la poesía, como el teatro y la oratoria, de más fácil acceso por su divulgación oral (en el caso de la primera, además, por su corta extensión y por la rima, era posible aprenderla de memoria y retenerla o transmitirla). Los poemas podían pasar de mano en mano, pero las novelas tenían una difusión más restringida. Claro que la situación cambió cuando las narraciones llegaron a la prensa y el público se aficionó a los folletines que insertaban los diarios. Cada capítulo era esperado por lectores-oyentes, quienes vivían tan enganchados a ellos como pueden estarlo algunas personas de nuestro entorno respecto a los “culebrones” televisivos.

Esta y otras causas llevan a un paulatino aprecio de la novela, hasta convertirla en el género literario predominante en nuestra sociedad, no solamente en la culta, sino incluso entre individuos de escasa propensión a la lectura: si estos, en algún momento, recurren a pasar el tiempo con textos escritos será con la compañía de ciertas novelas, esos éxitos de ventas que la industria edi-

torial ha popularizado, aunque no sea fácil calibrar si de esta manera se degrada la literatura o si hay que celebrar su existencia porque al menos sirven para acercarse a un público que rechaza los productos más genuinos.

Este mismo proceso histórico de acercamiento a la narrativa -pero más retardado todavía- se observa en Menorca, donde el cultivo de la novela no entra con fuerza hasta nuestro siglo. ¿Significa eso que tampoco había una demanda social de esta clase de textos? No lo creemos. Aquí, como en todas partes, el público iría penetrándose de esta afición cada vez más extendida con la ayuda de toda clase de relatos cercanos y también de las más logradas manifestaciones que se divulgan desde los centros editoriales que directa o indirectamente hacen llegar hasta aquí sus productos. Por ejemplo, historiadores de la literatura catalana destacan el papel que juegan las crónicas medievales en la creación del gusto por contar: por una parte, están ligadas a la tradición literaria de la epopeya o las canciones de gesta; por otra, anticipan el género de la novela que ya comienza a formarse.<sup>1</sup>

En cuanto a la existencia de folletones en Menorca, su presencia está más que documentada. Hace unos años el catálogo de una librería anticuaria de Barcelona ponía a la venta dos novelas publicadas por *El Diario de Menorca*, ambas salidas de las prensas del propio diario en 1859: *La mina de oro*, de Elías Berthet (dos tomos) y *El oficial aventurero*, de Walter Scott. El estudio de Alemany Vich hace alusión a folletines que aparecían en distintos periódicos de la isla, aunque al no profundizar en los contenidos nos quedamos sin saber todas las entregas narrativas que van apareciendo. Una de las pretensiones de *El Menorquín* (continuador precisamente de *El Diario de Menorca* y que se divulgó entre 1866 y 1868), era ofrecer un folletín de novela española.<sup>2</sup>

Todas estas cuestiones corresponden, sin embargo, a la sociología de la lectura y aquí solo nos plantean interrogantes sobre la incoherencia entre el interés público y la ausencia de narradores apreciables, cuando encontramos en la isla tantos ilustres cultivadores de las letras durante este larguísimo período.

<sup>1</sup> Carbonell, Antoni [et al.]. *Literatura catalana. Dels inicis als nostres dies*. Barcelona: Edhasa, 1980, p. 77; y Salord Ripoll, Josefina y López Casasnovas, Joan F. "Literatura de Menorca" en *Enciclopèdia de Menorca*. Fascículo I, tomo XIII. Mahón: Obra Cultural de Menorca. Pág. 71.

<sup>2</sup> Alemany Vich, Luis. "La prensa periódica en Menorca", separata de la *Revista de Menorca*. Mahón, 1975, p. 207.

## FERNANDO PATXOT

Precisamente relacionado con el periodismo y con los relatos que se ofrecían a los lectores en sus páginas se halla el primero de los narradores menorquines de los que vamos a ocuparnos aquí, Fernando Patxot (también conocido por su seudónimo Ortiz de la Vega). Algunas de sus novelas se divulgan a través de los medios en los que desarrollaba su labor periodística, como *El Telégrafo* de Barcelona. No siempre como folletín de tales publicaciones,<sup>3</sup> sino más bien por medio de las entregas periódicas que los compradores se encargaban más tarde de encuadernar: un sistema usual por entonces, que constituye un claro antecedente de los fascículos de nuestros días.

Así se publica su novela más famosa, *Las ruinas de mi convento* (1851), auténtico “best-seller” de la época, que conoció tres ediciones en esa misma década y ocho a lo largo del siglo XIX, amén de las varias que le dispensaron en nuestra centuria. En fecha inmediata a su aparición se tradujo al alemán (1852), al francés (1857) y al italiano (1857).

Como menorquín le tomamos aquí y así es considerado en todo momento, puesto que Mahón le vio nacer el 26 de septiembre de 1812, pero no se nos oculta que tal menorquinidad apenas pasó de ahí: sus padres se habían visto obligados a refugiarse en la isla para huir de los franceses y, en cuanto pudieron, regresaron a su querida Cataluña. Sus libros no ejercieron una real influencia sobre lectores e intelectuales menorquines de su época: fue muchos años después cuando se cayó en la cuenta de que aquel escritor tan famoso se hallaba vinculado a la isla en razón de su nacimiento y comenzaron el reconocimiento y los homenajes.

La aportación narrativa de Fernando Patxot es ciertamente apreciable, aunque no nos obsequiara con una producción copiosísima. Como hemos dejado anotado, *Las ruinas de mi convento* excitó los ánimos de los lectores a su favor y, como ocurre en nuestros días con ciertos éxitos en el campo de la novela y del cine, él aprovechó el tirón de la demanda para darle continuidad, convirtiendo aquella historia en una serie de tres novelas de calidad desigual que, a continuación, se reeditarían con frecuencia, tanto en un solo volumen como por separado.

<sup>3</sup> Carbonell, Antoni [et al.]. *Opus cit.*, p. 349.

El relato del fraile exclaustrado, que constituye el hilo principal de *Las ruinas...*, tendrá su contrapunto en la segunda parte, *Mi claustro* (1856) que se divulga con la firma de "Sor Adela". Por último redactará todavía la tercera parte que lleva por título *Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno*, aparecida en 1858, muy poco tiempo antes de que entregara su vida el 3 de agosto del año siguiente.

Fiel a su ideología conservadora y clerical, construirá una narración de aire romántico donde se ponen de manifiesto los horrores de la persecución religiosa en la Barcelona de los años treinta. Manuel, el protagonista de *Las ruinas de mi convento*, cometió el crimen de enamorarse de una prima suya, en cuya casa había sido recogido tras el fallecimiento de sus padres: era un ofensa a tan acogedora familia, pues no tuvo en cuenta que su absoluta carencia de bienes no podía traer la felicidad a quienes amorosamente le cobijaron. Semejante mancha solo podía lavarse con el abandono del hogar.

Es lo que hace nuestro personaje, con la mala fortuna de ir a parar a una ciudad infectada por la peste. A punto está de morir lejos de los suyos, pero le salvan las caritativas atenciones de una familia y las palabras miríficas de un fraile, el padre José, que se convertirá en su mentor para siempre. No vamos a entrar en los detalles de una existencia que comenzaba a desarrollarse de una forma novelísticamente tan prometedora, pero baste decir que, al margen de las ideas que transmite, hay en sus páginas abundante acción, nervio y capacidad de construir una realidad.

Como es sabido, porque está presente en los libros de historia del siglo XIX, en 1835 ocurrió en Barcelona una matanza de frailes y destrucción de conventos que constituye un eco de la que se produjo un año antes en Madrid. Cientos de religiosos fueron alevosamente asesinados en las dos capitales al aire del supuesto peligro que representaban unos carlistas crecidos en el norte, de los cuales se sospechaba que iban a ser bien recibidos por el sector ultramontano que anidaba en las ciudades. Todo ello consentido por la pasividad de un Gobierno que no sabía cómo actuar, pues se debatía entre la necesidad de combatir a sus enemigos y de contener a los amigos.

El populacho eligió a los frailes como víctimas propiciatorias, cuando se extendió el rumor de que estos escondían armas en sus celdas y hasta envenenaban las aguas de las fuentes para adormecer y dañar al pueblo, con el fin de que no resistiera la avalancha que se le venía encima. Durante algunos días una verdadera

revolución se adueñó de las calles y la ira de los desalmados se cebó en unos seres que estaban bien lejos de pretender abrir las puertas a los tradicionalistas, aunque en su interior comulgaran con buena parte de las ideas de estos.

Patxot arremete contra el movimiento destructor, que no atiende a razones ni consiente en dejar con vida a ninguno de los religiosos que encuentra en su camino. La descripción no puede ser más rotunda:

Nada más horroroso que la desaforada gritería de la muchedumbre que en aquel momento pasaba por debajo de la ventana. Aquello no eran voces humanas, no eran gritos que se hubiesen oído en alguna parte, no eran los clamores más terribles en la guerra acostumbrados, ni los alaridos salvajes de gente victoriosa: eran una especie de ahullidos [sic] agudos, vibrantes, prolongados, salidos a un tiempo de las fauces de mil fieras salpicadas en sangre, y de ella tanto más sedientas cuanto más bebido habían. Al pronto los hubiera tomado por los silbidos horrisonos que un huracán deshecho derrama y extiende sobre la superficie de las aguas. Pasaron en pocos instantes, dejando en pos de sí unos rugidos vagos, flotantes, como restos desprendidos de la furia de viento que a lo lejos todavía resonaba. Jamás hubiera creído que el hombre pudiese dar de sí tan espantosas muestras.<sup>4</sup>

La bondad angélica de aquellos frailes se contrapone con la maldad sin igual de los incendiarios que se entregan con saña a destruir y matar. Y en medio de esta división maniquea, resplandece la inocencia de un niño, hijo del peor de los asesinos, que es redimido por la entrega y el perdón que no atiende a los daños recibidos:

Y antes de que me acueste, repuso el inocente niño, ¿no me diréis quiénes son esos frailes que dice papá que son tan malos que se comen a los niños y se van engullendo los bienes de todo el mundo? ¿Conocéis alguno vos?<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Patxot, Fernando. *Historia contemporánea. Las ruinas de mi convento. Mi claustro. Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno*. Barcelona-Madrid: Librería de don José Cuesta e Imprenta de Cervantes, 1856-8, p. 178.

<sup>5</sup> Patxot, Fernando. *Opus cit.*, p. 172.

En su persona aparece depositada la esperanza de un mundo nuevo que surge sobre las cenizas del devastador incendio.

La revolución, que tantos males había causado, fue duramente reprimida al fin, cuando tal vez no habría estallado si las autoridades hubieran ejercido en su momento el mando con la severidad necesaria. El recuerdo de todos los desmanes y sufrimientos que la revuelta produjo fue reavivado muchos años después por medio de las páginas de esta novela, que causó una auténtica conmoción entre el sector bienestante, que era el que podía leerla. Ello obligó a su autor a que procediera a continuarla, lo que hizo de forma inmediata al redactar *Mi claustro*.

Como la historia había sido narrada linealmente, desde el principio al final, la única manera de hacer posible una segunda parte era ofrecer otra versión de lo ocurrido. Para ello eligió como protagonista a Sor Adela, que además firma la obra, como si de un relato autobiográfico se tratase. Adela es la prima enamorada de Manuel, quien al desaparecer de su vida y en la creencia que había muerto víctima de la peste, opta con ingresar en un convento y entregarse a Dios con toda la fuerza y convicción que un corazón hondamente cristiano puede depositar en su Señor.

Aquí el relato se vuelve más intimista, más cargado de unción religiosa y menos pendiente de los sucesos que tienen lugar en las calles. En cierto modo es una descripción entusiasta de la vida consagrada, que pone de relieve el grato sacrificio de esta entrega, de qué manera los sufrimientos que se imponen resultan placenteros cuando existe una fe firme que todo lo arrastra.

Como en la primera novela, también aquí los caminos del padre Manuel y de sor Adela se cruzan, pero ellos no se reconocen, aunque tengan la intuición de que el otro es la persona que un día amaron. La seguridad de cada uno respecto a la muerte del otro les pone al abrigo de que se reavive el amor a partir de los rescoldos, algo que no se avendría con la ortodoxia y las buenas costumbres que el autor quería transmitir a sus lectores.

El tercer relato de la serie, *Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno*, parece mejor un ensayo sobre historia monástica que no una novela. Dada la persecución que los religiosos soportaban todavía en Barcelona, el fervoroso padre Manuel ha tenido que buscar una especie de catacumba para mantener la vida de recogimiento que practicaba en el convento y no la encuentra mejor que en el enorme cementerio de la ciudad

condal, cuya extensión consiente que la presencia de los monjes pase desapercibida (durmiendo durante el día y dedicándose a la plegaria en las horas nocturnas).

Como parte del adoctrinamiento que el superior proyecta sobre sus hermanos, día tras día les explica con todo lujo de detalles el afán de muchos cristianos, desde los comienzos, por huir de los lugares poblados y retirarse al desierto para vivir y orar en extrema soledad. Capítulo a capítulo va desgarrando la presencia de ermitaños en la Tebaida, en Siria y Palestina; explica luego las peculiaridades de las órdenes más asentadas que todavía conocemos, como benedictinos, cistercienses, cartujos o trapenses. El completo recogimiento de quienes practican tales reglas es presentado a lo largo de estas largas -y a veces soporíferas- páginas como una especie de ideal al que deberían tender con mayor frecuencia los auténticos seguidores de Cristo.

Es evidente que, desde la perspectiva narrativa, se aprecia un decaimiento de la fuerza con que inicialmente el autor se lanza a novelar aquella persecución religiosa: una revolución inadmisibles, que causó daños irreparables, pero que no alcanza el volumen y la intensidad que cabría deducir de estas novelas. A la postre parece que impera el afán del autor por catequizar más que por crear literatura, con lo cual el resultado desde esta última perspectiva deja mucho que desear. En línea con esta apreciación situaríamos un comentario de Montobbio, quien subraya que esta serie está “excesivamente dirigida a fines extraliterarios, aunque tan nobles como la defensa de los frailes inicua-mente atropellados o la divulgación de la historia del monaquismo; y aparece, por otro lado, saturada de un sentimentalismo folletinesco y lacrimógeno”.<sup>6</sup>

Esta sensación ha sido apreciada por otros. Por ejemplo, es la que se obtiene al leer el comentario del catalán Rubió y Lluch sobre la primera de las novelas, donde “explayó el autor sus hermosos sentimientos, vertiendo en sus páginas bellísimas los puros acentos del creyente en su más alta acepción”. Aquí se narran “los tímidos y castos amores de Adela y Manuel, purificados por la adversa suerte y divinizados por la exaltación del espíritu evangélico”. Un argumento tan sublime y unos personajes tan religiosos, “embelesarán siempre a quienes sientan vibrar las más íntimas cuerdas del alma y no hayan

<sup>6</sup> Montobbio Jover, José Ignacio. “Perfiles libresco de un romántico menorquín”, en *Revista de Llibreria Antiquària*. Barcelona, abril 1985, p. 6.

perdido en las luchas egoístas de la vida la frescura de un sentimentalismo verdaderamente cristiano”.<sup>7</sup>

Montobbio, por su parte, pone énfasis en el carácter romántico de la producción narrativa del menorquín. En textos anteriores había señalado una tendencia semejante en una serie de autores -entre los que nosotros entresacamos a Quadrado- que podría ser adscrita a un denominado “romanticismo cristiano”.<sup>8</sup>

En otro orden de cosas, diremos que no se percibe en Patxot ese afán personalista de quien está componiendo una obra maestra. Estas novelas aparecieron inicialmente de forma anónima y la discusión sobre su autoría ha continuado incluso en nuestro siglo. Parece absolutamente probado, sin embargo, que el autor no es otro que el menorquín y con su nombre comenzaron a publicarse las novelas a partir de la sexta edición, la de 1871, cuando ya hacía doce años que había muerto.

Podemos imaginar la curiosidad que despertó el anonimato entre una población lectora que había recibido el primer relato con auténtico entusiasmo. Al principio el editor presenta la obra sin la firma de quien lo había escrito y asegura que no hace sino cumplir la voluntad expresa del autor, ya que este no deseaba en modo alguno darse a conocer. En la última página de *Las delicias del claustro...* es el propio escritor quien expone su pensamiento sobre este punto (posiblemente porque conoce las presiones que se están recibiendo para que lo aclaren) y se ve obligado a consignar lo siguiente manifestación:

Esta es mi pluma, que ya el pulso no puede más con ella. Todos mis pensamientos dejo aquí consignados; y por más que lo he probado no he tenido fuerzas para trazar con ella mi nombre como me lo pediais. Tengo la desgracia de creer que la impresión de los nombres es una pura vanagloria. Si la obra es digna, llamadla obra de caridad, cuanto más escondida tanto más meritoria. Y si no es digna, echadla al fuego con nombre o sin nombre.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Rubió y Lluch, Antonio. *Biblioteca infantil histórico-biográfica. Cortada, Monlau, Balmes, Patxot, Manjarrés*. Barcelona: Juan y Antonio Bastinos, 1885, p. 25.

<sup>8</sup> Montobbio Jover, José Ignacio. *Ibidem*.

<sup>9</sup> Patxot, Fernando. *Opus cit.*, p. 268.

Fernando Patxot escribió además otras dos novelas. Sobre la guerra de Sucesión Española trata la titulada *El bandido o la religión sobre las pasiones* (1835) y sobre una leyenda ejemplarizante, *El mansueto o las cuevas de Montserrat* (1860, aunque antes apareció como folletín de *El Telégrafo*). También en esta última lo que domina es el peso de la religión que transforma la vida de los hombres: un joven que ha cometido una mala acción redime sus penas convirtiéndose en ermitaño cabe la montaña donde se venera a la Moreneta. Su dominio del entorno y la superioridad espiritual le ponen a la cabeza de los patriotas que se enfrentan a los invasores franceses. El protagonista muere como un santo y su ausencia es aprovechada por las columnas napoleónicas para apoderarse de aquellas tierras y destruir buena parte del monasterio. Habría que situar la escritura de esta novela o leyenda en el contexto de una campaña emprendida por Patxot para obtener apoyos y limosnas que permitieran la reconstrucción del santuario montserratino.

De hecho, la edición de este relato en un volumen se complementa con la inclusión de varios artículos o informaciones publicadas por el autor en *El Telégrafo* unos días antes de su muerte: allí explica las obras que se están llevando a cabo y solicita una indemnización del Estado por haber sido puesto el edificio religioso al servicio de fines militares patrios. Quince días antes del óbito, Patxot acudió por última vez a Montserrat y anota el número creciente de visitantes como prueba de que los devotos de la región vuelven de nuevo los ojos hacia su patrona y toman conciencia de la necesidad de emprender una bien meditada y ambiciosa reforma para que el santuario vuelva a ser la ciudadela espiritual que en otro tiempo le cupo la gloria de representar.<sup>10</sup>

## ÁNGEL RUIZ Y PABLO

El alejamiento físico de Menorca en el que había vivido Fernando Patxot no le permitió influir directamente sobre las letras de la isla, pero ese no fue el caso de Ángel Ruiz y Pablo (Es Castell, 1865-Barcelona, 1927), que si bien

<sup>10</sup> Aunque no cite a Patxot, es útil para entender esta cuestión el estudio de Massot: Massot i Muntaner, Josep. *Els creadors del Montserrat modern*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1979, pp. 9-14.

luchó por encontrar en Menorca un digno *modus vivendi* mientras lograba una salida para sus escritos, al final decidió aceptar los horizontes más amplios que le ofrecía Cataluña: cuando salió ya tenía cuarenta y seis años y había dado a conocer plausibles muestras de su ingenio.

No se limitó el villacarlino a la narrativa -si es que eso fuera una limitación-, sino que destacó asimismo en la poesía y en el ensayo; también en el periodismo, con notables muestras de su buen hacer como articulista (hasta hizo alguna incursión en el teatro): no se puede pedir más, sobre todo si tenemos en cuenta que se vio obligado a trabajar como corrector tipográfico y para la banca, pues los doce hijos habidos le exigían que no descuidara todo aquello que fuera encaminado *pro pane lucrando*.

En buena parte de su producción literaria y periodística lo que resplandece es el aire costumbrista que supo infundir a sus escritos. Nadie como él ha sabido dotar a novelas y artículos de la gracia popular necesaria para remarcar actuaciones y aspectos del entorno cercano, que son contemplados bajo un prisma peculiar. Esta visión se caracteriza por prestar atención a los recovecos más arraigados de la vida cotidiana, personal y social, de la sencilla gente menorquina, pero al mismo tiempo se narran estas peculiaridades desde una cierta distancia con el añadido de un humor que baña la realidad, en unas ocasiones de una forma suave y en otras de manera tan punzante que llega a la caricatura. De ahí sale, por ejemplo, esa “caldereta d'articles menorquins amb molt poc suc i una mica de pebre coent”, como presenta su recopilación *Per fer gana* (1895).

Esta línea que podemos apreciar en gran parte de sus artículos y narraciones cortas resulta especialmente productiva cuando es servida en textos escritos en la entrañable modalidad catalana que se habla en la isla (ese “rallar en pla”, que él dota de un acento muy autóctono y enraizado en el sentir de las gentes). Para Llompart las prosas que dedicó a presentar el mismo tipo de escenas de costumbres, pero que fueron redactadas en castellano, “perden quasi tota l'eficàcia pel fet d'ésser escrites en una llengua que, en aquest cas, era absolutament postissa”.<sup>11</sup>

Con frecuencia se percibe un juicio excesivamente drástico y distorsionado en relación con la producción literaria de Ruiz y Pablo. Se ningunea la impor-

<sup>11</sup> Llompart, Josep Maria. *La literatura moderna a les Balears*. Mallorca: Ed. Moll, 1964, p. 111.

tancia de sus relatos en castellano, que son en alguna ocasión de una calidad muy apreciable, a los que se contraponen con grandes elogios sus textos en menorquín. Por supuesto que estamos de acuerdo en destacar la enorme valía de estos: con ellos logró que la narrativa de la isla comenzara a ser tenida en cuenta, en Mallorca y en Cataluña, por su fuerza creativa y la capacidad de poner en pie mundos propios. Llopart los sitúa al lado de nombres mallorquines como Gabriel Maura i Miquel dels Sants Oliver, de Joan Rosselló i Salvador Galmés,<sup>12</sup> mientras que Jordi Carbonell califica su obra de honesta y digna, con la cual "Menorca s'incorpora a la Renaixença".<sup>13</sup>

Sin embargo, en cuanto a sus narraciones en castellano parece que hayan sido tenidas en menos y no se les ha querido reconocer la importancia que merecen. En esta antología que acabamos de citar se habla de que

Ruiz i Pablo escriu totes les seves novel·les i algunes narracions en castellà però es tracta d'obres ambientades a Menorca, que perden tota la seva eficàcia pel fet de no ser escrites en la llengua dels menorquins. Deixant de banda aquesta obra, que evidencia prou bé la seva concepció disglòssica [...]<sup>14</sup>

Podríamos estar de acuerdo con esta consideración referida a los cuadros de costumbres que presenta en castellano, pero en modo alguno respecto a los relatos de más fuste, sobre todo la que consideramos su novela capital, *Las metamorfosis de un erudito*.

Francesc de B. Moll insiste en aquella misma idea ("discordança entre el llenguatge castellà, exòtic, i els temes i personatges, que són sempre menorquiníssims"), pero al menos subraya la calidad de sus obras castellanas, que son "realment bones, especialment la titulada *Las metamorfosis de un erudito*", algo en lo que coincidimos plenamente (prólogo a las *Novel·letes menorquines*). En *Cinc temes menorquins* vuelve al tema con mayor dureza y se pregunta enfáticamente: "¿Quin paper fa dins les lletres espanyoles la producció novel·lística castellana del nostre Ruiz Pablo?" Moll se responde a renglón

<sup>12</sup> De hecho hay una reciente edición de *Narracions balears*, que incluye relatos de Gabriel Maura, Miquel dels Sants Oliver, Salvador Galmés, Joan Rosselló de Son Forteza y el *Viatge tràgic...* de Ruiz y Pablo (Govern Balear-Miquel Font Editor, 1986).

<sup>13</sup> Varios autores. *Llibre de lectures menorquines*. Menorca: Consell Insular, 1981, p. 76.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 75.

seguido que nadie se acuerda de él en la península ni tampoco hay memoria de sus obras.<sup>15</sup>

Al principio, al menos, la recepción fue prometedora. Acogida *Las metamorfosis de un erudito* por una prestigiosa editorial barcelonesa en 1918 (hay una segunda edición impresa en la misma ciudad durante la década de los cuarenta, con el título de *Crisis de un alma*), tal narración presenta el drama de una pareja que quiere llevar adelante su amor, pero que se halla sometida a los embates de unas fuerzas a las que se ven obligados a hacer frente y que no siempre es posible dominar. El estudio psicológico de los caracteres y la fortaleza de una trama, que necesita mover hilos diversos para lograr encajar todos los accidentes de la acción, son notas destacadas que el autor maneja con sabiduría.

A pesar de la simplicidad del argumento, Ruiz y Pablo ha sabido infundir una profundidad en los caracteres que les convierte en personas que tienen un gran peso por sí mismas. El farmacéutico, volcado en sus infolios y descuidado para todas las cuestiones de la vida práctica, sufrirá una transformación gozosa que dará sentido a toda su existencia, hasta regresar desengañado y derrotado al estadio inicial.

Pero la protagonista indudable de la novela no es quien da el título al libro con su comportamiento, sino Ángeles Avendaño, auténtica heroína trágica, quien detrás de la fachada de viudita enamorada esconde un corazón sufriente y atormentado, presa de su secreto y de las convenciones sociales, quien es capaz de arrostrar las murmuraciones que la arrojarán del pedestal, pero que no soporta las dudas de su amado según las ve aflorar en los ojos. Su entereza y dignidad la ponen moralmente por encima de una sociedad donde las apariencias tienen un valor fundamental y resultan ser la capa hipócrita que cubre comportamientos de todo tipo.

Hipócrita es la actuación del señor del Pinar, representante rancio y aprovechado de una nobleza de títulos, que no de comportamientos, que al final quedará deshonrado ante sus conciudadanos. Hipócrita es la actuación de don Pepe, quien se beneficia del apoyo y del silencio que ofrece con apariencia desinteresada, cuando está utilizando una especie de chantaje para alimentar

<sup>15</sup> Moll, Francesc de B. *Cinc temes menorquins*. Menorca: Nura, 1979, p. 14.

a los suyos e incluso encubrir sus pérdidas en el juego. Otros personajes, en cambio, resplandecen por su honestidad personal, pero son incapaces de enfrentarse a la podredumbre y contribuir a la limpieza social con su decidida acción (y son nada menos que el médico y el canónigo, representantes de las fuerzas vivas).

La historia se desarrolla en Villañeja (trasunto de Ciudadela, como Villa-Alta sería Mahón) y parece ser que algunos personajes toman forma como copia de individuos reales, reconocibles por sus conciudadanos (Deseado Mercadal y Fernando Martí Camps identifican al historiador Oleo y Quadrado con el farmacéutico Juan Maza y al doctor Comellas con el también médico Antonio Vallés, de la misma manera que señalan otras curiosas identificaciones con personajes e instituciones reales que aparecen con nombres fingidos en esta y en las restantes obras). Suele ser una técnica utilizada con cierta frecuencia en la narrativa, que confiere a la obra literaria una aproximación con la realidad que los lectores gustan de encontrar por la complicidad con el autor que ello provoca.

Es posible que en esta novela quisiera depositar su autor muchas de las experiencias y frustraciones que sufrió durante el tiempo de residencia en la capital religiosa de la isla, mientras ocupaba un puesto de responsabilidad en el Banco de Ciudadela. Debió conocer entonces muchas situaciones que no le gustaron, porque a su despacho acudirían con secretos y confidencias algunos de los ciudadanos más respetables, cuya vida y hacienda no siempre son lo que parecen. Además, como es sabido, Ruiz y Pablo vivió allí un fracaso profesional que le iba a amargar profundamente la existencia: se produjo un desfalco del que se le responsabilizó y eso le hizo ser mirado de manera torva por conciudadanos que antes se deshacían en halagos.

Es curioso que en esta novela cargue las tintas en dos ocasiones contra el cambio radical que se produce en la opinión pública cuando son conocidas conductas irregulares. Don Guillermo del Pinar, el noble arruinado por sus excesos, llega un momento en que no puede mantener la tramoya de mentiras y falsedades que ha construido a su alrededor:

Todavía le saludaba todo el mundo, con aquella mezcla de reverencia y afecto que sentía todo el pueblo por él; todavía le querían y le respetaban por su carácter y por la fama de sus riquezas: cuando supieran su ruina, ¿cuántos ojos

de aquellos que saludaban la merced de un saludo suyo, de una palabra amistosa, desviarían la mirada al verle?<sup>16</sup>

Algo semejante ronda la cabeza de Ángeles cuando siente que la noticia de su deshonra no tardará en saltar al conocimiento de todos:

Toda la ciudad hablaría de ella, de su caída, de su despreciable caída, de su humillación, de su disimulo por espacio de diez años, de su orgullo [...] Villañeja entera haría una mueca de sarcasmo, pensando en su honestidad. ¡Esa era la que pasaba por las calles, desdeñosa a la mirada de los hombres, cerrados los oídos a los galanteos como una Vestal incorruptible...! [...] La ciudad la echaba, la ciudad [...]<sup>17</sup>

Habrà que recordar aquí unos versos suyos, del poema *Vae victis*, en los que incide en la misma obsesión doliente:

Ai del vençut, ai del qui l'aspra dalla/ de la desgràcia i la dissort aterra!/ Fins los reptils li escopiran al front.<sup>18</sup>

Todavía más directa es la queja en la *Complanta dels mals amics*, porque:

Crido a llur porta i no em responen/ més que buidors on no hi ressonen/ els crits d'angúnia del meu plant.<sup>19</sup>

No vamos a entrar en el resto de sus novelas escritas en castellano (donde está muy presente la ejemplaridad moralizadora), como *Oro y escorias* (1893), *El último hidalgo* (1912), *Clara sombra* (1915), *La nevatilla* o *El final de una leyenda* (1919). La impresión que el conjunto de estas obras produce es que nos encontramos ante un narrador de gran calidad que, si mientras vivió obtuvo un cierto reconocimiento de los lectores, desde entonces se aprecia un injusto decaimiento de su estrella.

<sup>16</sup> Ángel Ruiz y Pablo. *Las metamorfosis de un erudito*. Barcelona: Gustavo Gili, 1918, p. 238.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 259.

<sup>18</sup> Ángel Ruiz y Pablo *Obres completes*. Prólogo de Octavi Saltor. Menorca: Edicions Nura, 1981, p. 186.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 226.

Se mantiene, sin embargo, el aprecio de los críticos y de la población menorquina respecto a su producción en la lengua autóctona. Sus páginas son reeditadas y releídas con el gusto que ofrece una literatura cargada de calidad, pero también de sencillez, de cercanía, de guiños domésticos y humorísticos que demuestran un notable acierto en la elección de situaciones y palabras, de saber muy bien a qué público se está dirigiendo.

Hemos elegido de todas estas narraciones la que nos parece más significativa y celebrada, el *Viatge tràgic de l'amo En Xec de S'Uestrà*, una pieza realmente antológica que escribió Ruiz y Pablo en la última etapa de su vida, aunque no logró verla publicada. "L'obreta que els crítics han avaluat com a la més reeixida de tota la seva producció", según López Casasnovas<sup>20</sup> se imprime por primera vez en el volumen *Del cor de la terra. Proses menorquines* (1928), pero desde entonces ha sido reeditada con frecuencia (no menos de seis veces, que son las que hemos tenido la oportunidad de ver) y ha tenido una resonante presencia en los ambientes populares por la versión radiofónica y teatral que escribió Federico Erdozain, como *L'amo en Xec de S'Ullastrar*.

El retrato que presenta de "l'amo" en su desgraciada aventura barcelonesa está perfectamente logrado. En los trazos que del personaje ha dibujado el autor pugnan dos líneas que se entrecruzan y que destacan alternativamente, como si no supiera a qué carta quedarse en definitiva: por una parte está la humanidad y la bonhomía del protagonista; por otra, la mirada sarcástica que proyecta sobre él y que hace acoger con carcajadas cada una de sus acciones y comentarios, pero nos equivocaríamos tanto si optáramos por verlo como un payés bienintencionado que es el representante de su clase y condición, como si nos limitáramos al humor y a las burlas que envuelven cada una de sus acciones. Además está el toque compasivo, porque lo que subyace es una tragedia y al final ocurrirá la muerte de "madona", que parece casi excesiva en aquel contexto de risas en que nos hemos movido desde la primera línea de la narración.

Podríamos calificarlo de costumbrismo humorístico, como reflejo de una sociedad que se extingue y cuyos comportamientos quizá se observaron en algún tiempo, pero que los lectores juzgan que tales carencias han sido lleva-

<sup>20</sup> López Casasnovas, Joan F. *Opus cit.*, p. 285.

das al límite. Esta descripción caricaturesca genera risas, pero también el pensamiento sobre el paraíso inocentón en el que se desenvuelve la vida del protagonista y el duro choque con una realidad nada confortable, que no está preparado para afrontar. La conclusión no puede ser más patética:

Quan es vapor va esser fora des port i l'amo en Xec va pensar en lo que madona havia patit en aquell viatge terrible, ets ulls se li van rodar d'aigo, i girant-se cap a Barcelona va fer unes quantes capades, es va asseure a un banc de damunt coberta, i posant es colzos sobre es genolls i sa cara entre ses mans, va rompre a plorar com un fillet petit.<sup>21</sup>

Es una sátira que no tiene piedad, dirá López Casanovas, para quien la obra se desenvuelve con una “mena de dramatisme i amargor barrejats amb moments d'una comicitat vivíssima”<sup>22</sup> y esa dualidad de sentimientos respecto al protagonista lleva, según Llompart, a “un desenllaç inesperadament dramàtic, que sens dubte dóna sentit i fondària a la narració, produeix un cert desequilibri i sembla una mica deslligat de la tònica que domina el conjunt”.<sup>23</sup>

La narrativa castellana de Ruiz y Pablo tampoco ha tenido una continuidad remarcable y, en cuanto a la catalana, ha derivado más bien hacia el sainete, del que se encuentran en la isla notables y bien dotados cultivadores. La importancia en el aspecto literario no es, sin embargo, muy destacable. A estos epígonos habría que aplicar las ambivalentes calificaciones que le dirige Octavi Saltor al hablar de “convencionalisme provincià” y de “penetrar fins a la rel en l'ànima de Menorca”, aunque el toque emocional no corresponda, “ni literalment ni literàriament, a una vera plus-valència artística” (p. 15).

<sup>21</sup> Ángel Ruiz y Pablo *Obres completes*. Cit., p. 95.

<sup>22</sup> López Casanovas, Joan F. *Opus cit.*, pp. 302-3.

<sup>23</sup> Llompart, Josep M. *Opus cit.*, p. 112.

## MARIO VERDAGUER

Este mayor alcance que le fue negado injustamente a Ruiz y Pablo lo tuvo el autor de quien vamos a ocuparnos a continuación, tanto en su tiempo, como en los últimos años (después de algún tiempo en el purgatorio, como suele ocurrir en el reconocimiento hacia la obra de muchos escritores). Nos referimos, claro está, a Mario Verdaguer.

Este, como Patxot, nació accidentalmente en Mahón (1885), de padre catalán por entonces destinado en el Instituto como catedrático de latín y de madre peninsular, pero sobrina del alayorense doctor Guardia. Su arraigo menorquín fue sensiblemente mayor que el de aquel, como lo acreditan las constantes protestas de amor a la isla y la novela que le dedicó, *Piedras y viento*, que se ha convertido en representativa de la idiosincrasia de esta.

A lo largo de una vida que se desarrolló en Segovia, Logroño, Tarragona, Palma de Mallorca y Barcelona, mantuvo una actividad creativa sobresaliente en los campos de la narrativa, ensayo, traducción, poesía, pintura y periodismo (bien considerada por los contemporáneos) hasta fallecer en la capital catalana en 1963. El redescubrimiento que ha tenido lugar en relación con sus aportaciones se sitúa en la década de los ochenta de nuestro siglo (al hilo del centenario de su nacimiento) y ha incidido especialmente en el aspecto vanguardista de su producción, que lo sitúa al lado de literatos innovadores como Ramón Gómez de la Serna, Rosa Chacel, Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, Corpus Barga, Max Aub, Mauricio Bacarisse o Ernesto Giménez Caballero.

Para Conte, “Mario Verdaguer fue, sobre todo, un narrador, una de las figuras clave de la novela española de entreguerras, escindido entre sus orígenes modernistas y las exigencias de la vanguardia de su época, de la que es uno de sus mejores exponentes”. Domingo Ródenas lo incluye en su antología de narradores de vanguardia, donde figuran veintisiete autores que “en mayor o en menor grado, compartieron la ilusión colectiva de relevar la fórmula del relato de ficción que venía del siglo XIX y, con ella, la prosa tórpida en que encarnaba ese relato”.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Ródenas, Domingo (editor). *Proceder a sabiendas. Antología de la narrativa de vanguardia española 1923-1936*. Barcelona: Alba Editorial, 1997, p. 12.

No podemos detenernos aquí en las facetas ya señaladas que no se refieran a la narrativa, por más que sus poemas, piezas dramáticas, biografías o traducciones tienen un valor por sí mismas que no ha sido puesto de relieve suficientemente. Por ejemplo, si nos asomamos a esta última actividad descubriremos lo que muchos ignoran, que fue él quien dio a conocer en España obras tan significativas de la literatura europea como *La montaña mágica*, de Thomas Mann (1934); *Tempestades de acero*, de Ernst Jünger (1930) o *Gog*, de Giovanni Papini (1931). Respecto a esta última se ha dicho que su traducción -y el éxito consiguiente en España- despertó la atención hacia el autor en su Florencia natal.

A pesar de que el periodismo le absorbió casi por completo durante largos años, Mario Verdaguer consiguió tiempo y serenidad suficiente para sacar adelante las narraciones que le iban a convertir en novelista de prestigio, cuyas obras han gozado de repetidas ediciones (muchas en el caso de las que podríamos considerar las principales, como *Piedras y viento*, 1927, y *El intelectual y su carcinoma*, 1934) y también fueron vertidas a varios idiomas poco después de su aparición.

No podemos prestar atención a cada una de ellas en el espacio de que disponemos, por lo que ceñiremos nuestro comentario a las dos anteriores, dejando para mejor ocasión el que merecen relatos tan interesantes como son *La Venus llora* (1906), *La isla de oro* (1926), *El marido, la mujer y la sombra* (1927) o *La mujer de los cuatro fantasmas* (1931). En todos ellos muestra nuestro autor lo que era capaz de plasmar cuando se proponía construir una historia.

Si hay una novela que haya logrado ahondar en lo sustantivo de Menorca es, sin duda, *Piedras y viento*. Lo que presenta es una visión idealizada de la isla y de sus habitantes, a pesar de que los dos términos del título, tomados como definitorios, pueden hacer pensar en una concepción minusvaloradora.<sup>25</sup> Hay aquí una especie de apoteosis de la tierra que cautiva y enamora.

<sup>25</sup> El mismo escritor hace alusión a ello en una carta dirigida a *La Voz de Menorca* (17 de mayo de 1926) al exponerlo así: "¿Una tierra maravillosa? Sí. Es hora ya de que comencemos a destruir con toda la fuerza de nuestras palabras esa leyenda que presenta a Menorca, en el continente, como la Cenicienta de las Baleares, como la isla de las piedras y el viento, aplanada por la tristeza secular que cabalga sobre su lomo de rocas ásperas [...]" (cf. *Revista de Menorca*, 4º trimestre, 1885, p. 596).

En cierta manera escribir tal novela pudo constituir para Mario Verdaguer el pago de una deuda con la tierra que le vio nacer y que luego se le revelaría en plenitud cuando vuelve más tarde, precisamente a una edad en que todos realizamos nuestros más importantes descubrimientos. El hecho de que solo viviera en Mahón durante los dos primeros años de su vida no le permitió identificarse con esta tierra de forma inmediata, pero marca su pertenencia y le liga a través de los recuerdos de sus padres.

Fue a los diecisiete años, al concluir el primer año en la Facultad de Derecho, cuando pasa unas vacaciones en Menorca: entonces se produce un deslumbramiento que le hace recuperar lo que sentía como suyo, pero de lo que no había tomado posesión. Mucho le habían hablado de ella y quizás el ensalzamiento hubiera tenido unas consecuencias contraproducentes, pero la realidad anegó las previsiones hasta sentir que todo era mucho más hermoso y acogedor.

En una carta a Hernández Mora<sup>26</sup> le contaba cómo se entusiasmó tanto con lo que estaba conociendo en aquella estancia juvenil que transmitía su ardor a cuantos interlocutores le escuchaban y el mismo Hernández Sanz le hizo notar qué buenas páginas saldrían de aquella pasión si pusiera por escrito sus palabras:

Me marché de la isla embrujado, llevándomela metido dentro del corazón, acariciándola en el pensamiento como a la amante auténtica. Mis proyectos secretos eran muy ambiciosos, una gran inquietud, que su padre de un modo certero había señalado, germinaba dentro de mí. Me sentía lleno del atrevimiento de todo hombre que ama.

Ahí está la semilla de esta novela, que afortunadamente no la escribió enseguida, sino cuando se sintió con las fuerzas y el oficio necesario para abordar el proyecto soñado, prácticamente en sus años de plenitud como narrador.

El protagonista es alguien que, como en su caso, ha nacido en la isla, pero que hubo de marchar muy pronto y también un día regresa sin ánimo de permanencia: ante el reencuentro manifiesta frialdad en un principio, mas des-

<sup>26</sup> Hernández Mora, Juan. *Mario Verdaguer. Una carta, una conferencia y un discurso*. Mahón. Separata de la *Revista de Menorca*, julio-septiembre, 1962.

pués irá enamorándose de la tierra y de una joven pariente, hasta que se produzca el verdadero reencuentro con sus raíces, con su tierra, con la atmósfera y la historia, lo que le hará sucumbir a tantos encantos. Entremezclada con esta acción irá desarrollándose otra que se sitúa en tiempos de la dominación inglesa, cuando lord Johnston era el gobernador y los naturales de la isla se debatían entre la sumisión al imperio y el indómito orgullo de quienes se saben singulares e independientes. Un personaje, sin embargo, se mantiene incólume: Aguedeta d'Addaia está presente en una y otra historia, porque representa el ideal inamovible de la mujer menorquina, hermosa, buena, apacible y llena de virtuosos sentimientos (puede ser tomada también como símbolo de Menorca).

Varias veces se repetirán las alusiones a las sensaciones contradictorias que despierta esta tierra:

La Isla repele en seguida, pero luego es irresistible su atracción. Esta es la historia de siempre. A todos los militares y funcionarios que vienen aquí les pasa lo mismo. La Isla tiene su secreto que yo no sé cuál es. Pero el hecho es que el forastero viene y no se va y si un día el destino lo empuja a otros países se separa de esta tierra dura con lágrimas amargas en los ojos.<sup>27</sup>

También la define como el país de la nostalgia:

Las piedras son duras y el viento es terrible, el secreto está más allá de las piedras y del viento. Está en el corazón de la tierra. Usted tiene que buscar ese corazón, amigo mío, y ese corazón es dulce y maravilloso y cuando haya usted llegado a él no podrá separarse jamás de Menorca.<sup>28</sup>

A través de esa doble acción, con sus personajes desengañados o apasionados, se eleva el canto lírico a una Menorca ancestral, de la que no se ocultan sus defectos y carencias, pero que se hace amar a pesar de ellos. Menorca continuará adelante por encima de todo y de todos y sobrevivirá para siempre con el amor de sus hijos y el arrobamiento paulatino de los que llegan de fuera. En

<sup>27</sup> Verdaguer, Marui. *Piedras y viento*. Barcelona: Lux (2ª edición), 1928, p. 26.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 68.

el futuro “el fuego estará vivo en el hogar y la lengua menorquina, que es el tesoro que heredamos de los padres, legada será con la fe a nuestros nietos y ella vivirá, alma profunda e inmortal del país, en el corazón de los hombres de esta tierra, en los hogares encendidos por la tradición”.<sup>29</sup> Historia y análisis social, antropología y folklore, poesía y leyendas se unen en esta obra que alberga buenas razones para ser tenida desde su aparición como la novela de Menorca por antonomasia.

Poco después de escribir esta narración emprendió la redacción de otra de muy distinto signo, aunque no se publicaría hasta 1934. Nos estamos refiriendo a *Un intelectual y su carcinoma*, la que muchos consideran como la mejor de cuantas dio a la stampa, y posiblemente tengan razón. La fuerza y la angustia de su personaje principal, el rupturismo temático, el atrevimiento de las imágenes y palabras la configuran como una obra innovadora y vanguardista, que ha recibido una buena atención en el momento de su aparición y en los años posteriores, a pesar del corte que produjeron en su recepción y en la vida del autor los desdichados años de la Guerra Civil.

Se trata de una novela escrita en primera persona que recoge las actividades y pensamientos, alegrías y desazones, fobias, contradicciones y el profundo malestar que agitan la existencia de un innominado escritor de subliteratura o novelas de encargo. Profundamente desengañado y frustrado en sus expectativas, no es capaz de hacer frente a la situación en que se halla inmerso y de esta manera su vida constituye una especie de descenso a los infiernos, hasta que decide desaparecer para siempre. No lucha, ni siquiera por su obra; no ama, pues sospecha de cualquier mano que se le tiende; carece del empuje necesario para tomar las riendas de su vida y mostrar de ese modo todo lo que humana y literariamente lleva dentro. Su vida es una tortura permanente, que es la que se inflinge a sí mismo, pero al mismo tiempo desarrolla una capacidad de torturar a los que tiene a su alrededor, quizás con más virulencia en la medida en que le aman con mayor fuerza.

El título hace referencia a una imagen que es invocada repetidamente por el autor en el texto, a esa carcinoma que devora compulsivamente cuanto se encuentra ante ella, destruyendo y devastando, sin que aporte nada al cuerpo que parasita, pues solo atiende a su propio provecho. La infelicidad se halla

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 253.

alojada claramente en el interior del personaje principal y, como la carcoma, vive devorado por ella, corroído en su núcleo más íntimo y por tanto echando por tierra los buenos propósitos o simplemente todo lo que conduce a lo que podría ser una vida beatífica. Dice el protagonista en el momento en que se presenta ante el lector:

Estoy inexorablemente encerrado en mi círculo, como una carcoma está encerrada dentro de la pata de una mesa. Mi misión es roer e ir convirtiendo lentamente la madera en polvo. Pero como soy una carcoma consciente, una carcoma humana, sé que mi estúpido roer en la pata de la mesa acarreará a la larga una catástrofe y que, cuando la pata se haya convertido en polvo, se vendrá abajo la mesa con toda la vajilla [...]<sup>30</sup>

Esa conciencia de su capacidad de destrucción no le hace variar un ápice sus comportamientos y si en algún momento parece que vaya a cambiar, pues afloran sentimientos humanos o solidarios, piensa que los demás lo atribuirán a debilidad para aprovecharse o marginarle, y vuelve a colocarse la coraza que a todos hiere y tanto le perjudica a él mismo.

Tal vez su desaparición final sea el único acto de amor pleno (aunque mal entendido) que es capaz de efectuar, cuando se da cuenta de que su potencia destructora repercute sensiblemente sobre su mujer. Renuncia a cuanto posee para no convertirlo todo, también a ella, en serrín.

Repetidamente se ha puesto de relieve el carácter vanguardista de buena parte de la producción verdagueriana. Este enfoque es el que prevalece en la tesis doctoral de Rafael Fuentes -más tarde plasmada en un ensayo que resume su punto de vista-, donde se presta atención a *Un intelectual y su carcoma*. Allí se analiza de qué manera el protagonista vive encerrado en el círculo de su propia mente, después de haber cortado los lazos afectivos con el entorno, cómo entre los demás y su propia realidad se ha producido una ruptura y hasta qué punto convierte en ficción todo lo que está más allá de él:

El protagonista [...] interpone perpetuamente entre él y el mundo externo una voraz cerebralidad que saja y vacía de contenido aquello que vive a cada ins-

<sup>30</sup> Verdaguer, Mario. *Un intelectual y su carcoma*. Barcelona: Apolo, 1934, p. 10.

tante, convirtiéndolo en parodia rota y triste de lo que, en otras condiciones, hubiese sido un goce.<sup>31</sup>

En medio de la palmaria profundidad filosófica, la exigencia estética y la desazón que produce el desvío del personaje principal, es una novela que se lee con gusto y no ha perdido la garra que los críticos apreciaron cuando se publicó.

No vamos a continuar con este recorrido por la narrativa insular, a pesar de lo mucho que nos tienta poner al lado de Mario Verdaguer la obra de Alfredo Marquerie (1907-1974), otro mahonés ilustre (también nacido accidentalmente en esta ciudad) que se movió por los campos de la poesía, la narrativa, el ensayo, la crítica teatral y el periodismo. No tuvo tanta suerte como el anterior o se desperdigó demasiado o tal vez tiró de él con mayor ímpetu su dedicación a la prensa y su afición por los escenarios. El caso es que llegó a publicar un buen número de novelas, entre las que destaca *La antesala del infierno* (1975), aparecida de forma póstuma. En general estaban dotadas de calidad y hubieran podido jalonar un camino para el que se hallaba indudablemente dotado, pero le faltó continuidad y un mayor empeño en esta tarea.

Otro autor mahonés es Nicolás M. Rubió y Tudurí (1891-1991), arquitecto, paisajista, cazador, dramaturgo, articulista... y narrador. Destacó en las muchas actividades que hemos apuntado (hay más) y también en la novela, cuando ya había alcanzado una edad avanzada, sin que se prodigara en exceso en esta manifestación literaria. Es autor, sobre todo, de *Cacera en el no-res* (1954) y *No ho sap ningú* (1961), dos logradas pruebas de su talento en este campo. El problema es que esta fue una actividad casi marginal en su producción, que los lectores menorquines no acabaron de apreciar como próxima a sus intereses y curiosidades. Si hubiera decidido profundizar en ella podía haber dado mucho juego, como pone de manifiesto Llompart.<sup>32</sup>

De esta manera llegamos al momento actual, francamente prometedor como apuntábamos al principio de este capítulo, a juzgar por la cantidad de narradores que están surgiendo y que nos están dejando en las manos unas novelas de notable calidad. Quizás deberíamos detenernos en Pau Faner, por-

<sup>31</sup> Fuentes Mollá, Rafael. *La novela vanguardista de Mario Verdaguer*. Barcelona: Diputació, 1985, p. 130.

<sup>32</sup> Llompart, Josep Maria. *Opus cit.*, pp. 164-165.

que es el autor que cuenta con un volumen de relatos más considerable, con premios relevantes, tanto en el ámbito de la literatura catalana como en la castellana. Desde que publicó sus *Contes menorquins* en 1972 hasta, pongamos por caso, *Roses de paper* (1997), es que no ha parado de lanzar libro tras libro y edición tras edición, con un voluntad indoblegable e innovadora que se balancea entre la realidad, la historia y la fantasía. Aunque muy interesado también por la pintura y el teatro, Pau Faner se halla en plena madurez y, por tanto, es mucho lo que se puede esperar todavía de sus inmoderadas ganas de contar.

Al contemplar la situación actual, tan diferente de aquella de la que partíamos, hay que alegrarse de la existencia de unos autores que, con tanta dignidad, han aportado a la comunidad menorquina unos saberes y una creatividad más que notable en este campo. Pero, sobre todo, hay que pensar que, quienes dentro de cien años realicen un trabajo semejante a este, además de ofrecer una mayor calidad y finura en su análisis, tendrán la oportunidad de mostrar la plétora espléndida que ya se estaba manifestando en el punto y hora en que dejábamos nosotros este recorrido.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alemany Vich, Luis. *La prensa periódica en Menorca*. Mahón, Separata de la *Revista de Menorca*, 1975.
- Cantavella, Juan. *Els arriscats treballs de Pau Faner*. Mahón, 1987.
- . “Una carta inédita de Ángel Ruiz y Pablo”, en el diario *Menorca*, 3 de septiembre de 1990.
- . (en prensa): “¡Viva la libertad y mueran los frailes! (Quema de iglesias en la Barcelona de 1835)”, en *La Aventura de la Historia*. Madrid: Arlanza Ediciones.
- Carbonell, Antoni [et al.]. *Literatura catalana. Dels inicis als nostres dies*. Barcelona: Edhasa, 1980.
- Conte, Rafael. “Un recuerdo para Mario Verdaguer, o el centenario contra el mausoleo”, en el diario *El País*, 14 de agosto de 1986.
- Fuentes Mollá, Rafael. *La novela vanguardista de Mario Verdaguer*. Barcelona: Diputació, 1985.

- Hernández Mora, Juan. *Mario Verdaguer. Una carta, una conferencia y un discurso*. Mahón, Separata de la *Revista de Menorca*, julio-septiembre, 1962.
- Llompарт, Josep Maria. *La literatura moderna a les Balears*. Mallorca: Ed. Moll, 1964.
- López Antuñano, José Gabriel. *Mario Verdaguer, un escritor proteico*. Madrid: Editorial Pliegos, 1994.
- López Casanovas, Joan F. "Algunes consideracions entorn a la producció literària en prosa d'Àngel Ruiz i Pablo", en la *Revista de Menorca* (tercer trimestre, 1982), pp. 273-314.
- Martí Camps, Ferran. *Ciudadella de Menorca, contemplada i viscuda per Àngel Ruiz i Pablo*. Ciudadella, 1991. Monografies menorquines del Setmanari *El Iris*.
- Massot i Muntaner, Josep. *Els creadors del Montserrat modern*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1979.
- Mercadal, Deseado. Á. *Ruiz y Pablo. Su vida y su obra*. Palma de Mallorca: Panorama Balear (Luis Ripoll, editor), 1984.
- Moll, Francesc de B. *Cinc temes menorquins*. Menorca: Nura, 1979.
- Montobbio Jover, José Ignacio. "Perfiles librescos de un romántico menorquín", en la *Revista de Llibreria Antiquària*. Barcelona, abril 1985, pp. 5-14.
- Patxot, Fernando. *Historia contemporánea. Las ruinas de mi convento. Mi claustro. Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno*. Barcelona-Madrid: Librería de don José Cuesta e Imprenta de Cervantes, 1856-8.
- . *El mansueto o las cuevas de Montserrat*. Barcelona: Imprenta y Librería politécnica de Tomás Gorchs, 1860.
- Revista de Menorca* (4<sup>º</sup> trimestre de 1885): Número monográfico dedicado a Mario Verdaguer en su centenario, con colaboraciones de Rafael Manzano, Gaspar Sabater, Luis Casanovas, Rafael Fuentes Mollá, Gabriel Julià, José Tarín-Iglesias y otros.
- Ródenas, Domingo (editor). *Proceder a sabiendas. Antología de la narrativa de vanguardia española 1923-1936*. Barcelona: Alba Editorial, 1997.

- Rubió y Lluch, Antonio. *Biblioteca infantil histórico-biográfica. Cortada, Monlau, Balmes, Patxot, Manjarrés*. Barcelona: Juan y Antonio Bastinos, 1885.
- Ruiz y Pablo, Ángel. *Episodios ribereños*. Ciudadela de Menorca: Fototipia y Tipografía de A. Moll y Camps, 1906.
- . *Clara sombra*. Barcelona: Casa Editorial Estudio, 1915.
- . *Las metamorfosis de un erudito*. Barcelona: Gustavo Gili, 1918.
- . *Del cor de la terra. Proses menorquinas*. Prólogo de Llorenç Riber. Barcelona: Llibreria Catalònia, 1928.
- . *Per fer gana*. Palma de Mallorca: Editorial Moll, 1962.
- . *La nevatilla*. Mahón: Casa de la Cultura, 1967.
- . *Novel·letes menorquinas*. Prólogo de Francesc de B. Moll. Palma de Mallorca: Editorial Moll, 1976.
- . *Obres completes*. Prólogo de Octavi Saltor. Menorca: Edicions Nura, 1981.
- . *El último hidalgo*. Menorca: Ediciones Nura, 1993.
- Salord Ripoll, Josefina y López Casanovas, Joan F. *Literatura de Menorca*. Fascículo I de la *Enciclopèdia de Menorca* (t. XIII).
- Varios autores. *Llibre de lectures menorquinas*. Menorca: Consell Insular, 1981.
- Verdaguer, Mario. *La Venus llora*. Palma de Mallorca, 1906.
- . *El marido, la mujer y la sombra*. Barcelona: Lux, 1927.
- . *Piedras y viento*. Barcelona: Lux (2ª edición), 1928.
- . *La mujer de los cuatro fantasmas*. Barcelona: Ediciones Mentora, 1931.
- . *Un intelectual y su carcoma*. Barcelona: Apolo, 1934.
- . *Un verano en Mallorca*. Barcelona: Barna, 1959.
- . *La isla de oro*. Palma de Mallorca: Ediciones Cort y Nura, 1985. (Edición conmemorativa del centenario).
- . *Obra inédita*, en la revista *Bitzoc*, nº 14-15, noviembre de 1992. Edición de José Gabriel López Antuñano.